

Manuel de Ochoa marchaba sobre Zacatecas, con otra parte de las tropas de provincias internas, mientras que otra seccion de las mismas, á las órdenes de Don Facundo Melgares, se dirigia á Parras y al Saltillo. Calleja, persuadido de la necesidad de aprovechar los momentos y sacar del triunfo que habia conseguido todas las ventajas posibles, no dando á los insurgentes tiempo para volver á reunir fuerzas en Zacatecas, en donde tenian treinta y dos cañones y podian sacar muchos recursos de aquel rico mineral, apresuraba sus disposiciones para marchar á aquella ciudad sin tardanza. Habian llegado á ella Hidalgo y Allende: el primero de éstos, en su fuga del puente de Calderon, se unió en Aguascalientes con Iriarte, que estaba allí con mil quinientos hombres y los caudales que habian recogido en San Luis, que ascendian, segun se dice, á medio millon de pesos.»

El cura Hidalgo y el jefe Iriarte siguieron juntos su marcha hácia Zacatecas. En la hacienda del Pabellon, donde se detuvieron un instante, fueron alcanzados por Allende, el teniente general Arias, Casas, Arroyo y otros jefes. La pérdida de la batalla de Calderon habia hecho tomar á D. Ignacio Allende y á los que con él iban una determinacion violenta. Esta determinacion fué despojar del mando al cura Hidalgo, pues atribuian el descalabro sufrido á que no habia adoptado el plan de campaña propuesto por otros generales. En el momento que llegaron á la hacienda, le amenazaron allí mismo con que le quitarian la vida si no renunciaba el mando en Allende. El cura Hidalgo no tuvo mas remedio que acceder á la

terrible peticion, y todo se hizo verbalmente y sin ninguna otra formalidad. Desde ese momento siguió el cura Hidalgo incorporado al ejército, sin ningun carácter, intervencion ni manejo, vigilado siempre por el partido que le habia despojado del poder, y aun llegó á entender que se habia dado orden de que le matasen si se separaba del ejército, y lo mismo á Abasolo y á Iriarte (1). Este

1811. despojo no llegó á hacerse público, pues á

Enero. los autores del golpe verificado, lo mismo que á sus partidarios, les convenia que apareciese siempre el cura Hidalgo como principal cabeza, para tenerle como parapeto hasta el instante oportuno, y entre las masas del ejército solo se susurraba el hecho, pero vagamente y sin darle, por lo mismo, importancia ninguna. Dueño Allende del mando, pues habia recaido en él á consecuencia del suceso referido, llegó á Zacatecas en union de los que le habian ayudado á dar el golpe, y acompañado del cura Hidalgo y de Iriarte. Conociendo

(1) He seguido lealmente lo que el mismo cura Hidalgo dice en su declaracion á la primera pregunta de su causa. Hé aquí sus palabras: «Fué alcanzado en la Hacienda del Pabellon, por D. Ignacio Allende, y en dicha hacienda fué amenazado por el mismo Allende y algunos otros de su faccion, entre ellos el nombrado teniente general Arias, Casas, Arroyo, únicos de quienes hace especial memoria, de que se le quitaria la vida si no renunciaba el mando en Allende, lo que hubo de hacer y lo hizo verbalmente y sin ninguna otra formalidad, desde cuya fecha siguió incorporado al ejército sin ningun carácter, intervencion y manejo, observado siempre por la faccion contraria, y aun ha llegado á entender que se tenia dada orden de que se le matase si se separaba del ejército, lo mismo que contra Abasolo y el nombrado general Iriarte.» Se ve, pues, por lo expuesto por el mismo Hidalgo, que no es cierto lo que Don Carlos Maria de Bustamante dice en su *Cuadro Histórico*, tomo I, página 197, al asegurar que se celebró una junta de guerra y en ella se le quitó el mando militar, dejándole el político.

que no era punto de defensa Zacatecas, resolvió retirarse al Saltillo con las fuerzas que tenia, pues era la poblacion que, por entonces, presentaba mayores ventajas y á donde podia dirigirse sin recelo, debido á la circunstancia de haberse desconcertado por aquel rumbo la acertada combinacion de Calleja, por la defeccion de las tropas de Cordero en Aguanueva. Dada la órden de partir, dispuso la marcha por divisiones, dirigiéndose por las Salinas, el Venado, Charcas y Matehuala. Habiendo sabido en este último punto que el Saltillo se hallaba amenazado por el jefe realista Melgares, que se habia posesionado de las haciendas de San Lorenzo y Parras, D. Ignacio Allende marchó en auxilio de la plaza, y entró en ella sin que encontrase obstáculo en su marcha, pues las fuerzas de Melgares, que eran pocas, se alejaron al tener noticia de que se acercaba. Asegurada la villa del Saltillo por las tropas que llevó Allende, emprendió la marcha hácia la misma poblacion, para reunirse con él prontamente, el cura Hidalgo, que se habia quedado entre tanto en Matehuala.

En esta marcha, algunos jefes de partidas cometieron reprobables asesinatos en pacíficos europeos que habian quedado en los pueblos del tránsito: sin respetar el papel de seguridad ó indulto que se les habia dado, les aprehendian y les degollaban (1). D. Lucas Alaman hace recaer estos crímenes sobre el cura Hidalgo, diciendo que anticipaba las órdenes para que se recogiesen todos, tuviesen ó no indulto, y que á su llegada eran ejecutados;

(1) *Relacion de Villarguide*, fol. 9.

pero no es justo que se le haga cargar con esa culpa de otros. Yo no admito mas que lo confesado por él en sus

1811. declaraciones, porque en ellas no excusa de-
Febrero. cir con noble franqueza la verdad. El hom-

bre que confiesa con entereza que fué suya la órden para ejecutar á los europeos en Valladolid y Guadalajara, no hubiera negado que tambien habia ordenado esos otros, si hubiera sido cierto que se ejecutaron por órden suya. Hay un hecho trágico y doloroso en esa marcha de Matehuala al Saltillo, verificado en dos desgraciados españoles, que por las declaraciones de su hermano D. Mariano Hidalgo y Agustin Marroquin, aparece ordenado por el caudillo de la revolucion. D. Lucas Alaman, en su historia, no duda atribuírselo; pero yo creo que la recta conciencia manda no inculparle de él, por la razon que llevo expuesta, de negar en sus declaraciones que por disposicion suya se hubiese cometido el fin sangriento que los dos referidos españoles tuvieron. Voy á dar á conocer el hecho, valiéndome de las mismas palabras acusadoras, dadas por su hermano en la declaracion y de las de Marroquin, y despues haré las observaciones que considero justas para creer que el enviado por el cura Hidalgo para informarse de quiénes eran los dos europeos, se excedió de las órdenes que llevaba. Hé aquí la declaracion del hermano del caudillo de la independencia á la pregunta diez y nueve. «Habiendo salido el cura Hidalgo de Matehuala para el Saltillo, noticioso de que allí cerca habian parado dos europeos que iban en un carro con sus familias, mandó dicho su hermano á Agustin Marroquin que los reconociese; pero el dia si-

guiente supo que los habian degollado, dejando allí á sus pobres familias, cuyo hecho no puede afirmar si lo dispuso su hermano, ó si ellos lo ejecutaron de su voluntad.» Agustín Marroquin refiere de la siguiente manera ese horrible suceso: «Habiendo salido el cura Hidalgo de Matehuala en compañía de sus mozos, del exponente y de los que traia en su compañía, tomando el camino del estanque de las Bacas al rancho de Guachichil para el Saltillo y encontrando dos carros con dos europeos con sus familias que traian á su lado, los mandó degollar, cuya operacion ejecutó uno de sus mozos (1).» Como se ve por la sincera declaracion del hermano del cura Hidalgo, solo sabia que éste habia enviado á Marroquin á que reconociera quiénes eran los españoles; pero ignoraba si las muertes fueron ejecutadas por disposicion de él ó por

1811. voluntad propia de Marroquin. Por lo que
Febrero. hace á la declaracion de éste, en ella se advierte inmediatamente una cosa no admisible, opuesta á lo afirmado por D. Mariano Hidalgo, y con la cual trataba de hacer caer toda la responsabilidad sobre el caudillo de la revolucion. No es verosímil que los dos españoles con sus familias, al saber que las fuerzas independientes se dirigian de Matehuala al Saltillo, pues habian marchado por delante las tropas de Allende, llevasen el mismo camino que habia tomado el cura Hidalgo, sino que marchasen por puntos algo separados, pues sabido es que temian siempre ser detenidos, aun

(1) Contestacion de Marroquin á la pregunta diez en su causa. Declaracion unida á la causa de Hidalgo.

cuando fuesen provistos de papel de seguridad que nunca se respetaba. Es, por lo mismo, de creerse que la declaracion del hermano del cura Hidalgo es la cierta, al asegurar que éste envió á Marroquin al sitio por donde pasaban á que se informase de quiénes eran, y que no se encontrase el caudillo de la revolucion con ellos. El cura Hidalgo tiene mas derecho á ser creido, por la franqueza con que declara las órdenes dictadas por él, que Marroquin, que se separa de lo verosímil y de lo dicho por el hermano del anciano párroco de Dolores, y el cura Hidalgo niega tener responsabilidad en los hechos sangrientos que se verificaron desde que Allende le quitó el mando. Si el caudillo de la revolucion hubiera negado los actos de Valladolid y de Guadalajara, se podria creer que tambien negaba los acontecidos últimamente, para salvarse; pero cuando se le ha visto hacerse responsable de lo ordenado por él, sin acusar á ningun otro, sin recurrir á disculpas de ninguna naturaleza, y confesar con admirable ingenuidad «que habia hecho recoger los indultos dados á los europeos, sobre lo cual no trataba de justificarse, dice, pues ya tiene confesado que procedió criminalmente en la muerte que se les dió» (1) á los presos de Valladolid y de Guadalajara; cuando se ha visto, repito, esas francas declaraciones, no es de creerse que negara los otros hechos, cuando sabia que su negativa no bastaria ya á salvarle de la muerte. Debemos, pues, admitir como una verdad, lo que él dice en su respuesta á la pregunta diez y seis, respecto á los últimos sucesos que se ha tratado de

1) Contestacion del cura Hidalgo á la pregunta 2.^a de su causa.

que pesasen sobre él, en la que dice «que sabe y tiene noticia de los asesinatos cometidos; pero que no tuvo parte en los que se ejecutaron despues de los de Guadaluajara, ni sabe de órden de quién se ejecutaron». Don Lucas Alaman, inculpando de igual manera al cura Hidalgo y á D. Ignacio Allende, asienta que éste podia haber impedido los actos sangrientos posteriores, porque tenia ya todo el poder; pero que de todo quiso hacer responsable al anciano caudillo, cuando él permitió que á su vista, y no hallándose el cura Hidalgo presente, se ejecutasen las escenas sangrientas de la alhóndiga de Granaditas.

1811. Esta acusacion del señor Alaman á D. Ignacio Allende no es justa. Allende habia salido de Guanajuato antes de que se cometiesen esos asesinatos, no por órden de ningun jefe independiente, sino por la plebe, como el mismo historiador mencionado refiere en su bien escrita *Historia de Méjico*. Los presos europeos quedaron defendidos por una compañía de milicias levantadas por Hidalgo, y varios oficiales independientes fueron heridos y lucharon heroicamente contra la plebe, impidiéndola el paso, para evitar que derramase la sangre de los que habian quedado bajo su custodia. No creo, por lo mismo, que es acertado ni debido que se pretenda arrojar sobre el nombre de uno de los caudillos de la independencia, que desde los primeros dias de la revolucion se manifestó intransigente con los desmanes del populacio, una mancha que, en mi concepto, está lejos de merecer. Conveniente es presentar los errores cometidos por los hombres que figuran en todo partido, sin excep-

cion, para evitar que otros los cometan, pues ésta es verdaderamente la sana leccion de la historia; pero es sagrado deber del historiador analizar detenidamente un hecho, antes de que aparezca como un lunar en la vida del hombre á quien se le atribuye. En los momentos en que D. Ignacio Allende tomó el mando, todo se hallaba desorganizado. El ejército habia sido dispersado; cada guerrillero se dirigió al punto que juzgó mas conveniente, y siendo imposible vigilar sobre todos, en las circunstancias en que la derrota pasada habia colocado al nuevo jefe de los independientes, no se le puede hacer responsable de los excesos cometidos por los que militaban en apartados puntos durante aquel amargo período. El mal provenia de las primeras disposiciones tomadas al principio de la revolucion respecto á los españoles. Las masas se habian llegado á persuadir que los españoles trataban de entregar el país á Napoleon, que eran enemigos de la religion, traidores á Fernando VII, y tenian por una obra meritoria el exterminio de ellos. De aquí los asesinatos cometidos por diferentes partidas de guerrilleros. El intendente de San Luis Potosí, Flores, hombre de humanitarios sentimientos, trató de recoger á todos los europeos y llevarlos á la ciudad, á pretexto de asegurarlos como contrarios; pero en realidad para preservarles de esa manera de una muerte segura, de que estaban amenazados; y comisionó, como he referido en uno de los capítulos anteriores, á un corone que fuese á conducirlos, disposicion á la cual debieron entonces la vida los vecinos de Catorce que acompañaron á Villarguide (1); pero no á todos les tocó igual fortuna.

(1) *Relacion de Villarguide*, fol. 9.

En contraste con los sentimientos generosos del intendente Flores, estaban los de varios jefes de partidas sueltas; y Charcas, Real de Catorce, Matehuala y otros pueblos, fueron teatro de escenas horribles cometidas con pacíficos europeos que fueron degollados (1). Así al lado de personas verdaderamente recomendables del 1811. partido independiente, habia, como en todos Febrero. los partidos, otras cuyos actos eran reprobables. Elogiar las acciones de las primeras y censurar las de las segundas, haciendo completa abstraccion de la causa política que defendian, es el deber del historiador, para estimular á otros al bien y retraerlos de toda accion que pueda empañar su nombre. Pretender presentar el noble pensamiento de independencia proclamado en Dolores por el cura Hidalgo, Allende y Aldama, como censurable porque hubo desgraciadamente actos que merecieron serlo, no lo encuentro justo. Así como las excelentes acciones particulares de muchos individuos no podrian justificar una causa conocidamente mala que defendiesen, así los actos malos que cometen los que proclaman una buena causa, no pueden de manera alguna desconceptuar ésta. Los principios políticos y los actos pertenecientes á la moral del individuo, son dos cosas distintas que no deben confundirse.

«Alejados de Zacatecas Allende y los demás jefes principales de la revolucion, á los que se habia unido como

(1) Villarguide, en la relacion suya varias veces mencionada, dice en el folio 9 de ella: «que á los españoles del Cedral y Matehuala les cortaron la cabeza con sierra».

director el ingeniero D. Vicente Valencia, uno de los mas distinguidos alumnos del colegio de minería que se hallaba en aquel mineral, atacó el jefe realista Ochoa la ciudad el 17 de Febrero con seiscientos soldados de caballería y trescientos indios flecheros, y en seis horas de accion se hizo dueño de ella, tomando dos baterías, la una de tres, y la otra de cinco cañones, muchos frascos de azogue, dispuestos para servir de granadas, y porcion de armas y municiones. Salvó á siete europeos que estaban escondidos, y aprehendió á varios jefes de los insurgentes. Su pérdida se redujo á dos heridos. Al dar aviso á Calleja, le pide mande tropas para guarnecer aquel punto y nombre intendente, teniendo él que retirarse con las fuerzas de su mando, en cumplimiento de las órdenes de sus inmediatos jefes (1). El motivo de estas órdenes era el atender á resguardar las provincias dependientes de la comandancia general, que por el lado del Oriente quedaban expuestas á las incursiones de los insurgentes, despues del desastre de Cordero.

»Estas tropas de las provincias internas estaban armadas y organizadas de una manera diversa de las del virreinato de Nueva España, muy adecuada para la guerra de los indios bárbaros, cuyas incursiones estaban destinadas á contener, los que en aquel tiempo no tenian mas armas que flechas. Formábanlas compañías aisladas, todas de caballería, con mayor dotacion de oficiales para poder operar en pequeños destacamentos, y con mucho número de caballos y una mula cada soldado, con el fin

(1) Parte de Ochoa á Calleja. *Gaceta* de 26 de Febrero, núm. 28, fol. 182.